

CAPÍTULO UNO

Bienvenido al país de las maravillas

I

Érase una vez, hace no mucho tiempo, un hombre que amó tanto a una mujer que... Sería una buena forma de empezar si esto se tratara de una historia de amor, de una aventura heroica llena de lecciones, pero, *spoiler*, no lo es. No lo es en lo absoluto. Al contrario. Es enferma, retorcida y asquerosa.

Varios sucesos ocurrieron antes y unos cuantos más después, pero no vienen al caso. Mencionarlos distraería de lo realmente importante. Todo comenzó el lunes primero de octubre, cuando me llegó aquel mensaje. A esas alturas ya sospechaba que algo andaba mal porque eran demasiadas coincidencias en tan poco tiempo, sin embargo, nunca imaginé lo que pasó de verdad. Algunas personas dicen que siempre están preparadas para lo peor, pero en realidad, uno jamás espera las desgracias.

En especial cuando son de semejante envergadura.

Ya era tarde. El cielo estaba oscuro, vacío, silencioso. Acababa de llegar a mi departamento del supermercado donde trabajaba de cajero seis días a la semana. Estaba con los nervios de punta, mis manos sudaban a mares. Lo único que quería era sentarme en el sillón, abrir una lata de cerveza y ver una película en *Netflix*, pero la notificación del celular me interrumpió. Rompió la falsa burbuja de normalidad que tanto trabajo me había costado construir. De inmediato pensé que

podría ser Margarita, mi polola que andaba visitando a sus padres en el sur. La última vez que hablamos fue la semana anterior, cuando llamó para avisarme que, como no alcanzó a subirse al transbordador para ir a Chiloé, se vio obligada a pasar la noche en un hostel. Dijo que se hospedaría en un lugar llamado “El árbol” y que se iría a primera hora del día siguiente, que no me preocupara, que me llamaría cuando cruzara hacia la isla.

¿Para qué voy a mentir? En cuanto oí la idea me desagradó, mas no porque fuera una especie de celópata incapaz de soportar que ella pasara una noche sola a kilómetros de distancia, sino porque faltaba muy poco para que diera a luz a nuestro hijo; lo que fue el principal motivo de su viaje. Uno de los más grandes sueños de Margarita era traer a nuestro bebé en el mismo hospital donde ella nació, que, a su vez, fue donde su madre vino al mundo. Ambos sabíamos que se trataba de una simple coincidencia, pero ella estaba empecinada en hacer todo lo posible para convertirla en una tradición. Siempre fue del tipo de persona que intentaba otorgarles un simbolismo a las cosas: a sus ojos todo era especial y, por supuesto, esta no sería la excepción. Desde que supo que estaba embarazada aseguró que pariría ahí. Le dije que se esperara hasta el jueves para viajar juntos, sin embargo, insistió con que debía irse ese mismo día, que tenía que llegar lo antes posible para alcanzar a prepararlo todo y blablablá. Como siempre, ella ganó la discusión y luego la acompañé al terminal sin creer que algo podría salir mal.

Después del aviso no supe nada más. Al principio no me asusté porque supuse que llegó bien y todo el cuento. Qué se iba a andar preocupando de mandarme mensajes cuando podía aprovechar de pasar tiempo con su familia. No quise ser hostigoso y preferí darle su espacio. No obstante, con el pasar de los días empecé a alarmarme porque se me hizo muy extraño que Margarita no diera señales de vida. No era propio de alguien como ella, que siempre había sido de esas personas que están todo el día pendiente del celular revisando Instagram o compartiendo memes en *Facebook*, viendo noticias o leyendo libros en su *Kindle*.

Luego de dos días llenos de incertidumbre la llamé para saber cómo estaba, pero no contestó. *El número que usted ha marcado no contesta, intente más tarde o deje su mensaje después del tono*. Seguí los consejos de la voz cibernética y volví a intentarlo minutos después, pero pasó exactamente lo mismo. Esperé a que pasaran un par de

horas y las tres veces que repetí la acción obtuve el mismo maldito resultado; *El número que usted ha marcado...* Me puse como loco al no tener noticias de ella. Le hablé por todas sus redes sociales, mas, ni siquiera le llegaban los mensajes. Solo aparecía una *palomita* en *WhatsApp*. Por un momento pensé que a lo mejor se le había echado a perder el celular o que alguien se lo había robado, pero de ser así, con mayor razón habría intentado contactarme. Algo no cuadraba...

El cuarto día no aguanté más, tomé el celular y llamé a sus padres. Les pregunté qué le pasaba a la Marga, por qué no atendía su teléfono y por qué me evitaba tanto si no había cometido ningún error, pero cuando contestaron lo primero que dijeron fue que ella jamás llegó a su casa. Margarita nunca tocó la puerta. Quedé marcando ocupado... Por unos segundos olvidé cómo respirar, me ardieron los ojos y se me hizo un nudo en la garganta que se esparció por el resto de mi cuerpo: no supe qué responder. Ante mi silencio, Pablo siguió hablando mientras la señora Gabriela nos escuchaba desde el otro auricular. De seguro creyó que pasaba inadvertida, pero su respiración errática la delató. Parecía que alguien le exprimía el pecho a la pobre.

Pablo repitió sus palabras por si no lo había escuchado y luego dijo que justo estaban pensando en llamarme porque Margarita tampoco les contestaba a ellos.

—¿Gonzalo? ¿qué le pasó a mi niña?... —pronunció con su voz pastosa tan característica—. Por favor, responde ¿dónde está mi hija?

—Yo... eh... n-no...

—¿Dónde está Margarita? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Tuvo un accidente?!

—No sé...

—¿Cómo está el niño?! —dijo y mi suegra, quien no había hecho más que empeorar con cada segundo, estuvo a punto de imitarlo. Oí como abrió la boca y la dejó así por si era necesario meterse en la conversación,

—No sé —repetí y luego colgué al contemplar una idea que ni siquiera había considerado. Todo a mi alrededor empezó a dar vueltas hasta caer en penumbras. Me hundí en un abismo de desesperanza.

No entendía qué estaba pasando. Margarita, mi flor, mi compañera, mi mejor amiga, mi confidente, mi familia, el amor de mi vida, desapareció camino a ver sus padres, mientras seguía mi vida como si nada ¿Por qué mierda no la acompañé?! ¿Cómo cresta la dejé ir sola?!

Siempre tuve una imaginación inquieta. De niño era muy susceptible, me la pasaba viendo fantasmas y monstruos donde no los había, o buscaba explicaciones rebuscadas para sonidos que no eran más que tablas viejas y bisagras oxidadas. Con el tiempo este problema —o bendición, dependiendo del punto de vista— se había agravado bastante y, con la misteriosa desaparición de la Marga, alcanzó su máximo esplendor. Por mi mente se desplegaron miles de ideas, cada una más terrible que la anterior: accidentes, robos, asesinato, secuestros, narcotráfico, mafias. Todo por no querer esperarme un par de días ¡por la rechucha! ¡Sabía que tenía que ir con ella! Pero no, como siempre el señorito quiso ser responsable y cumplir su puto horario para que sus jefas lo tuvieran en consideración, para que vieran que era una persona comprometida, esforzada, que siempre coloca su trabajo primero. Ellos habrían entendido perfectamente la situación en la que estaba, sin problemas me habrían dado unos días libres.

Esa noche lloré hasta que la luz del sol hizo darme cuenta de que solo perdía el tiempo.

Debía hacer algo al respecto.

El quinto día amanecí, no pegué los ojos en toda la noche. Apenas dejé las lágrimas a un lado, me duché con agua fría para despertar y después fui a la comisaría que estaba a cuatro cuadras de mi edificio, pues ya habían transcurrido los tres días necesarios para hacer una denuncia formal. Siendo honesto, no sé para qué lo hice. Nunca confié en los pacos ni tenía esperanzas de que realmente fueran a ayudar en algo, pero al menos debía intentarlo porque el asunto se trataba del bienestar de Margarita, no de mis convicciones políticas u opiniones sobre aquella institución nefasta. En una de esas me equivocaba —no fue así. De hecho, no hicieron nada, jamás vi que trataran de buscarla, fui uno más de las personas que día a día llegaban a su despacho en busca de una justicia que no era más que un mito malcontado—. De la comisaría me fui directo al trabajo.

Era un día hermoso en Concepción. El cielo estaba repleto de nubes y las palomas revoloteaban por cada esquina con los vistosos colores de sus cuellos, la gente caminaba tranquila, sin chocar unos con otros, mientras los artistas callejeros hacían sus trucos en los semáforos con unas sonrisas que era imposible no contagiarse. Sin embargo, mi entorno solo me deprimió aún más. Odiaba ver como todo seguía su curso con tal normalidad, como todos seguían su rutina, a pesar de que Margarita no estaba. Aunque ella había desaparecido repentinamente,

el resto del mundo seguía su rumbo con total indiferencia como si ella no importara, como si todos los días la gente se esfumara sin decir nada ¿Cómo nadie podía notarlo? ¡¿Cómo nadie hacía algo?!

En el trabajo hablé con mi jefa, la señorita Jean, quien me recibió con los brazos abiertos con solo ver mi expresión. Le conté lo que ocurría en mi vida y me entendió a la perfección, ni siquiera hizo falta entrar en detalles. Me dio una licencia administrativa y de inmediato le di las gracias casi llorando. De regreso a mi edificio revisé mi celular, tenía más de treinta llamadas perdidas de Pablo y unas cuantas otras de doña Gabriela. Juro que tuve la intención de llamarlos de vuelta, pero no me encontraba preparado psicológicamente para hablar. Si yo estaba alterado, sus padres debían estarlo el doble o el triple, al borde de un colapso nervioso.

Aunque suene contradictorio, cuando volví al departamento fingí que no existía ningún problema e intenté ver una película en compañía de una cerveza. Una parte de mi anhelaba olvidar todo, imitar a la gente de la ciudad y seguir mi rutina... Solo quería distraerme unos minutos para ordenar mis ideas y tomar decisiones con la cabeza fría. Cualquier paso en falso podría empeorar la situación. Cualquier equivocación haría una gran diferencia.

Entonces sonó el celular. Un escalofrío reptó por mi espalda, atravesó mis entrañas y se enroscó en lo más profundo de mí ser.

II

La lata de cerveza cayó al piso, desparramando su contenido por toda la alfombra. Rebotó dos veces antes de guardar silencio. La posa de alcohol siguió creciendo en lo que tardé en llegar al celular. El líquido de su interior se vertió de tal forma que, si mirabas la mancha desde lejos, podías ver una siniestra sonrisa con dos enormes ojos rasgados que parecían llorar. La mueca era macabra, oscura e inquietante. La sonrisa no concordaba con sus lágrimas.

Desbloquéé la pantalla con la mano temblando y de forma automática mi dedo abrió la notificación. Era un número desconocido y, si no me equivocó, terminaba en 333. El mensaje decía así:

Gonza estoy atrapad vena buscar me por favor, no tengo mucha tiempo

Este lugar es horrible!!

*Si no te vuelvo aver sepas que te amo mucho
mucho
nunca lo olvides*

El celular se deslizó por mis dedos y golpeó a la mancha de cerveza donde debería haberse dibujado su nariz. De inmediato vinieron a mi mente imágenes mucho peores que las que había imaginado días atrás. Margarita estaba viva, pero alguien o algo la tenía cautiva, quizás en qué condiciones. El mensaje respondió la pregunta más importante, al mismo tiempo que trajo consigo otras que no estaba seguro de querer responder. Las preguntas fueron amontonándose en mi cabeza hasta que no pude seguir soportando su peso y caí al suelo de rodillas. La esperanza se convirtió en confusión, pero, aun así, me alegré. Todavía podía hacer algo.

Desesperado agarré el celular y llamé al número que envió el mensaje. Mientras esperaba que contestaran, descarté la posibilidad de que fuera un secuestro puesto que, en ese caso, sus captores se habrían comunicado conmigo directamente para pedirme lo que ellos quisieran. Además, se notaba a leguas que el mensaje fue hecho a la rápida y a escondidas. Estaba tan mal escrito que apenas se entendía. Si alguien planeaba establecer un diálogo, habría pensado cada mínima palabra y revisado el mensaje dos veces antes de enviarlo.

Contestaron.

—¡¿Marga?!, ¡¿dónde estás?! ¿Te hicieron algo? ¡¿estás bien?! ¡¿cómo está el bebé?!— pregunté atropellando mis frases y nadie respondió. Esperé un par de segundos antes de continuar con el interrogatorio, pero entonces un susurro comenzó a elevarse hasta transformarse en un cántico tenebroso.

—Joker ven a bailar. Joker, joker, ven a cantar. Joker, joker ven a jugar. Joker, joker...— dijo una amalgama de voces al otro lado del teléfono.

Desafinaban demasiado y muy pocos seguían el mismo ritmo: de coro no tenían nada. Con suerte decían las mismas palabras. Más que una canción o un poema, sonaba como gritos de agonía, parecía una cacofonía sacada directa desde el mismísimo infierno. Algunas voces eran graves y otras en extremo agudas; razón por lo que no pude determinar si se trataba de niños o adultos, mas, sí noté la reverberación de fondo. Lo primero que se me vino a la cabeza fue que se hallaban dentro de un baño, no obstante, pronto cambié de opinión

porque se oían demasiadas voces como para estar en un espacio tan escueto. Sí, pensé, deben hallarse en un hospital, un mausoleo o una...

—¿Aló?! ¿Qué mierda le hicieron a la Marga?!

—... a cantar. Joker, joker ven a jugar. Joker, joker ven a bailar...

—¡Respondan hijos de puta! —siguieron cantando—. ¿Dónde están? ¡Digam algo por la cresta! —exclamé con la voz quebrada.

—¡Suéltense, por favor! —gritó Margarita entre medio de las voces—. ¡Aléjate mocoso de mierda! ¡Suéltame! ¡Déjenme ir por favor! ¡Ya se los dije, solo qu! —y colgaron abruptamente.

Mierda. Golpeé la pared con el puño. Inmediatamente volví a llamar, pero me cortaron antes de que alcanzara a sonar al menos una vez, seguí marcando el mismo número y, a la tercera vez, apagaron el celular. Tiré el aparato lejos y creo que rompí algo, mas no presté atención. Lo que menos me importaba en ese momento era el maldito celular. Una cascada de emociones ardía en mi interior. Sentí rabia, pena e impotencia, pero, sobre todo, miedo. Estaba en grave desventaja. No tenía idea de dónde podían estar, quiénes la tenían o qué querían de ella ¡No sabía nada! Era incapaz de distinguir qué me asustó más; los gritos de Margarita suplicando que se alejaran, el coro de voces espectrales o aquella perturbadora canción que repetían una y otra vez. Entre más lo pensaba, menos sentido tenía. Buscar respuestas era como navegar en un mar de sombras con apenas un encendedor.

Me senté en el sillón y, sin poder explicar por qué, empecé a rezar. Luego de diez años negando su existencia siempre que podía, le hablé a Dios. Volví como un perro con la cola entre las piernas. Le pedí que me ayudara, que me diera sabiduría, rogué que no le pasara nada malo a mi florcita. Y parece que me escuchó porque, en medio de las súplicas, recordé que la última vez que hablamos anoté los datos del hostel en una libreta. Nada me aseguraba que podría encontrar respuestas en ese lugar, pero algo tenía que hacer. Por nada del mundo podía quedarme de brazos cruzados después de lo que oí.

Aquella pequeña chispa de esperanza me dio las fuerzas necesarias para levantarme del sillón e ir hasta nuestra habitación, un cuarto no demasiado grande, pero con el espacio suficiente para guardar nuestras cosas sin chocar entre nosotros. Con la llegada de nuestro hijo teníamos planeado cambiar de departamento, incluso mudarnos a una casa si lográbamos encontrar una que pudiéramos costear con mi sueldo y el suyo de profesora. Hasta entonces todavía no aparecía la casa de perfecta, pero habíamos alcanzado a revisar varios departamentos que

se ajustaban perfectamente a nuestras nuevas necesidades. Yo quería uno más céntrico para que todo nos quedara cerca, sí, eran más caros, pero valía la pena pagar un poco más por ese tipo de comodidades; en cambio Margarita prefería uno en la periferia para vivir más tranquilos. Aunque también porque tenía un miedo tremendo de que algún día no le prestáramos la suficiente atención al niño, cruzara la calle y fuera arroyado por un conductor irresponsable.

Di vuelta todas las cosas del mueble buscando la libreta. Cuando finalmente la hallé, arranqué la página donde tenía el nombre y la dirección del hostel. Armé mi maleta. Chalecos, gorros, calcetines y chompas fueron llenando los recovecos del bolso.

Antes de salir, volví a la pieza. Abrí el closet y mi mano se sumergió entre los abrigos. Busqué y busqué hasta que lo encontré: allí, en el último rincón del armario, en la esquina más oscura, estaba el regalo que mi madre me dio días antes de morir de cáncer al colón cuando yo tenía apenas nueve años. Era una pequeña cajita de madera de color azul que tenía una imagen de Jesús en la tapa, más abajito decía “Con mucho cariño y amor para Gonzalo Melgarejo, mi hermoso angelito”. Dentro de la caja había un precioso rosario de plata envuelto en un cojín dorado.

Aunque sé que me lo regaló con todo el cariño del mundo, solo lo usé para su funeral y posterior entierro. Luego lo guardé en la caja y ahí se quedó hasta ese día. Los años habían pasado uno tras otro emudeciendo mi memoria, pero aquel recuerdo seguía intacto. Murió el mismo día que el doctor nos dijo que ya no podían hacer nada por ella... Fue un cinco de agosto, miércoles si no me equivoco. Ese día no fui al colegio porque le dije a papá que quería acompañarlo a ver a mi mamita, como si una parte de mi supiera desde el principio que no le quedaba mucho tiempo. Papá dijo que sí sin chistar, ya que estaba tan cansado emocionalmente que no le quedaban fuerzas para rebatir nada. Hubiese dicho que sí a cualquier cosa que le hubiese pedido ese día...

—Lamento decirlo, pero solo le quedan un par de horas... ¿Prefieren quedarse o llevársela a su casa? —dijo el hombre del delantal con un pésimo intento de empatía.

—Nos quedaremos... si no es mucha la molestia —respondió papá, mientras tomaba mi mano con fuerza para no desvanecerse en medio del pasillo.

Traté de leer su expresión, pero fue inútil, su cara se había

congelado desde que llegamos al hospital. Cada vez que íbamos era así: se convertía en una estatua. El médico se fue sin siquiera darnos unas palabras de apoyo. Entonces mi papá me abrazó de una forma que nunca antes había hecho, me contuvo entre sus brazos, en tanto hacía todo posible para no llorar. Quería hacerse el fuerte para mí, pero sinceramente hubiese preferido verlo vulnerable para saber que no era el único al que se le empezaba a desmoronar el mundo.

—Gonza... llegó la ho-hora de despedir-rse-e. Disfruta y atesora cada momento.

Me coloqué el rosario y después entré a la sala; en cuanto me vio mamá trató de sonreír, a pesar del dolor que consumía su cuerpo. Me senté a los pies de su cama, tomé sus manos con cuidado de no dañarla. Se veía frágil, pálida, parecía un fantasma con esas ojeras oscuras y aquella bata blanca que le quedaba volando. La miré directo a sus ojos sin brillo e intenté evocar frente a mí una imagen de ella en sus mejores días, de cuando caminábamos tomados de la mano por el parque que estaba a dos cuadras de mi casa, o cuando veíamos películas de Disney acurrucados en su cama comiendo papas fritas. Entonces empecé a hablar, le dije que la amaba mucho, que era imposible haber tenido una mejor madre y luego le conté todas las cosas que haría cuando fuera grande. Dónde estudiaría, cómo se llamaría mi perro, mis metas, mis sueños; todo lo que ella no alcanzaría a ver con sus propios ojos. Mamá escuchó atenta cada palabra. Escuchó con una sonrisa, a pesar de que la vida se escapaba por sus poros.

Hablé con ella hasta que dejó de responder, de respirar, de vivir. Se había ido y nada del mundo la traería de vuelta. Nada.

Ahora estaba en una situación un tanto similar. Nuevamente la mujer que amaba estaba en peligro, pero esta vez, tenía la oportunidad de hacer mucho más que sentarme a esperar su muerte. Traer a Margarita de vuelta solo dependía de mí.

Salí del departamento con el rosario colgando del cuello y los ojos empapados de la misma forma que años atrás.

III

Al parecer Dios quiso ayudarme, ya que cuando le pregunté al vendedor del terminal por buses rumbo a Chiloé, dijo que justo le quedaban un par de asientos en uno que partía en aproximadamente quince minutos. Compré el pasaje sin dudarle y corrí al bus, como si

estuviera a punto de irse. Me senté al fondo, en un rincón, del lado de la ventana, la que se convirtió en mi único apoyo durante todo el trayecto.

Los quince minutos de ese día parecieron horas.

Atrás quedó Concepción. Las luces de la ciudad fueron siendo devoradas por la inconmensurable noche, edificios y autos fueron reemplazados por enormes señales de tránsito y parcelas vacías e interminables. Todo parecía parte de la misma pesadilla...

El viaje fue largo, pero sirvió para ordenar mi mente.

IV

A pesar de que compré el boleto hasta Chiloé, me bajé en Calcú; una comuna ubicada entre Calbuco y Parga, muy poco conocida, pero sumamente hermosa. Quizás por esa misma razón seguía siendo tan bella, con suerte venían turistas o empresas que arruinen sus paisajes y exploten sus tierras. La vegetación era abundante, su arquitectura humilde, las casas coloridas y la gente amable. Era un excelente lugar para vivir si no fuera por su escasa comunicación con otros sectores. A Margarita le encantaba ese lugar: siempre que viajaba hacía un alto para recorrer sus calles, escudriñar sus bosques y limpiar sus pulmones con el aire del sur.

Esta vez no fue la excepción, pero sí su mayor error.

La gigantesca iglesia con su par de torres que se perdían en el cielo me recibió con sus puertas abiertas de par en par, como si estuviera sonriendo. Se alzaba poderosa sobre el resto de las construcciones. Como recién eran las diez de la mañana, la plaza de armas estaba prácticamente vacía, solo había un par de perros echados a los pies de un árbol y un vagabundo acurrucado con una frazada arriba de una banca. El cielo estaba repleto de nubes como si fuera a llover, pero el aire estaba cálido. De no ser por las circunstancias, me habría tomado un café mientras daba una vuelta a la manzana.

Sin perder más tiempo anoté la dirección del hostel en *Google Maps* y descubrí que estaba lo suficientemente cerca para caminar. Conté menos de cinco cuadras.

Aunque quería llegar pronto, caminé lento, apreciando mi entorno para tratar de calmarme. No sabía qué tipo de personas encontraría en la posada, por lo que debía ir sereno, de nada me servía perder los

estribos en ese momento. Tenía que causar una buena impresión para que quisieran ayudarme.

Las calles estaban bastante tranquilas, pequeñas aves revoloteaban por aquí y por allá, mientras a lo lejos se oían los graznidos de las gaviotas acompañados por los suaves murmullos del mar. Por unos instantes sentí que caminaba por Dichato o Tomé, que era un domingo por la mañana e iba con Margarita a almorzar a la explanada. Las únicas personas que vi en el camino eran miembros de la tercera edad que cargaban bolsas de género y usaban pantalones caqui, señoras con faldas largas y chalecos de lana. Sin embargo, no eran como los típicos habitantes de los lugares así; personas felices y sencillas que agradecían vivir lejos del caos de la ciudad. Lucían tristes, cansados, como si acabaran de salir de un funeral. Parecían hartos de la vida. Arrastraban sus pies sin decir nada, en tanto seguían una ruta monótona. Empecé a caminar más rápido cuando noté que varios repetían el mismo patrón. Era incomodo estar cerca de ellos.

Encontré la posada entre un pequeño restaurante llamado “*Ngünen*” y una placita con dos sube y bajas y tres columpios, que parecía que ningún niño jugara en ella. Todos los juegos estaban oxidados, cubiertos con pequeñas capas de polvo y las cadenas tenían telas de arañas en las partes de arriba. El hostel era grande, pero humilde, tal como le gustaban las cosas a Margarita. Tenía dos pisos y en la puerta de entrada había un hermoso vitral de peces nadando contra la corriente.

Mis manos comenzaron a sudar apenas toqué el pomo. Del otro lado estaban las respuestas, atrás del cristal por fin sabría qué le había pasado a mi Margarita.

Entré y la puerta sonó como las rodillas de mi tía Marta cada vez que intentaba recoger algo del piso. Es más, pensé que la puerta se vendría abajo y tendría que hacerme cargo de ella ante sus dueños. Por suerte no fue así. Aunque, si hubiese ocurrido aquello tampoco me importaría; lo pagaría y listo, no tenía tiempo para preocuparme por nimiedades. Mi mente solo tenía espacio para mi amor.

Respiré hondo antes de entrar.

El lugar era bastante acogedor. Tanto las paredes como los muebles de la recepción eran marrones oscuros, los sillones eran de colores cálidos y las lámparas oscuras se veían bastante antiguas. De las paredes colgaban varios cuadros de paisajes con abundante vegetación y en un rincón había un enorme bordado redondo que

decía “RÍE, VIVE Y AMA”. Toda la estancia estaba envuelta por un aura campestre, pero moderna al mismo tiempo, la cual hizo que me acordara inmediatamente de la mamá de Margarita. La recepción era idéntica al *living* de la casa de mi suegra. También tenía un bordado con una frase así de cursi.

La mujer detrás del mesón me recibió con una sonrisa que se desvaneció en cuanto vio mi expresión.

—Buenas tardes —dijo levantándose de su asiento—. ¿En qué puedo ayudarle?... ¿Se siente bien? ¿Le traigo un vaso con agua?

La recepcionista era una mujer alta y rellenita que usaba un holgado vestido de color verde oscuro salpicado con un montón de flores rojas. De su cuello colgaba elegantemente una medallita milagrosa de la virgen María que hacía juego con los tres anillos dorados repartidos en ambas manos. Una pequeña chasquilla oscura coronaba su alargado rostro. Su mirada era dulce y sus labios, a pesar de que se veían duros y secos, transmitían mucha ternura. Solo verla me aliviaba el corazón.

—Hola, Buenas. No, no se preocupe, estoy bien, solo pasé una mala noche. Lo que necesito es que responda unas preguntas.

—¿Yo? ¿Y por qué? Yo no lo he visto ni en pintura —contestó poniéndose a la defensiva.

—Por favor, no se lo tome así. No es porque usted haya hecho algo malo, o quizás sí, o sea no, todavía no sé nada así que no tengo pruebas, pero tampoco puedo confiar en usted —Mierda, ¡¿qué dije?! —... todavía —agregué tratando de arreglar la situación—. ¡Perdón, eso sonó fatal! La verdad ni siquiera sé bien lo que estoy buscando, pero viéndola ahora, dudo mucho que usted tenga algo que ver. No parece una mala persona.

—¿Por qué no se ordena primero y después me habla? No le entendí ni jota.

—Sí, mejor —cerré los ojos y respiré profundo ¡Dios! Mis manos no paraban de temblar.

—Podría empezar diciendo su nombre, digo yo.

—Tiene razón... Me llamo Gonzalo Salazar y vengo de Concepción. Vine a Calcú para buscar a mi polola que desapareció hace casi una semana. —La cara de la recepcionista volvió a ser la misma de cuando me vio entrar y luego apoyó su cuerpo sobre el mesón en ademán de prestar suma atención. —La última vez que hablamos me dijo que pasaría la noche en su posada, ya que no alcanzó

a tomar el transfer para ir a Chiloé, pero no sé si me llamó ya estando aquí o cuando venía de camino. Después de eso no supe nada más, ni siquiera sé si alcanzó a llegar —dije omitiendo la última llamada para que no creyera que estaba loco. Incluso a mí me costaba asimilarla.

La mujer me miró en silencio consternada y, por lo que vi en sus ojos, sabía lo que era perder a alguien importante, se notaba que entendía la angustia por la que yo estaba pasando. Sentí su empatía. Inmediatamente tuve ganas de abrazarla.

—¿Seguro que no pasó a otra parte sin avisarle? —preguntó mientras empezaba a buscar algo en los cajones de su puesto.

El mueble tenía una parte a la vista de todo el mundo y otra más abajo, que solo podía ver la persona tras él. En la parte superior había dos maceteros con flores artificiales, un teléfono fijo y un cuadro con una foto de la recepcionista jugando con un niño de más o menos nueve años, juntos se veían tan felices que mis deseos de encontrar a Margarita se triplicaron. Yo también quería vivir esa experiencia, yo también quería formar una familia y tener una foto como esa en mi velador.

—Imposible, Margarita iba directo a Castro a la casa de sus papás.

—Margarita... Margarita...—dijo sacando una libreta inmensa de tapa dura. —Por casualidad ¿su polola está embarazada y tiene el pelito enchocado?

—¡Sí, es ella! ¿Usted la atendió?

—Parece que la vi cuando llegó, pero de pasá' no más porque justo terminó mi turno... ¿Cuál es su apellido?

—Salazar.

—No pue, el de ella.

—Enríquez —dije mirando de reojo la libreta. Al parecer era el libro donde registraban a los clientes. Había una extensa tabla dividida en cuatro columnas: nombre, rut, hora de llegada y número de habitación.

—Enríquez, Enríquez... —susurró, en tanto deslizaba sus dedos por las páginas—. ¡La encontré! Margarita Enríquez se registró el martes veinticinco de septiembre y estuvo hasta... Oh.

—¿Qué pasó?!

—Según el libro Margarita sigue en el hostel. Piso dos, habitación seis: cama individual y baño aparte.

—¿Cómo?

—Lo que escuchó pue. Según esto, ella todavía está...